

por Farnesio (1) en comprar los agitadores populares, en tomar á Maestricht, en consolidar su poder en el Brabante, los golpes de mano ofrecían diversas vicisitudes, y los españoles perdían á veces las ciudades que acaban de ganar: así el conde de Egmont que los mandaba en Ninova se dejó sorprender «y contra la promesa que se le había hecho y la palabra dada fué conducido á Gante donde recibió muchas indignidades» (2). A lo ménos su mujer quedó libre y pudo sustraerse á los ultrajes de la gente de Gante; pero fué un favor, porque ya se comenzaba á prender mujeres, y La Noue se vió en la necesidad de negociar con un jefe católico para que se pusiera en libertad á todas las mujeres de Courtray y para que en adelante no se persiguiera á ninguna de ellas. «Me parece que las mujeres deben estar exentas de rescate» (3).

Pero La Noue cae prisionero á su vez (4); es un ejemplo de desarreglo moral en una época de guerras religiosas. La Noue, el más caballeresco y respetado de los hombres de guerra; La Noue, cuya lealtad era reconocida por todos los partidos, había venido á mandar las tropas de los Estados, sin recordar que seis años ántes había firmado en la capitulación de Mons el compromiso de no hacer ya armas contra España, como si la lucha por las creencias dispensara de toda buena fe, y como si el deber estuviera subordinado á las pasiones religiosas; guardando lo que el creía el honor de Dios, La Noue olvidaba su antigua probidad. Según las leyes de la guerra debía ser condenado á muerte. Farnesio, que acaso temía represalias con los prisioneros de su partido (5) ó que sentía efectivamente repugnancia en hacer morir á un bravo soldado, ganó tiempo escribiendo á Felipe II.—Ha merecido el castigo, le decía; pero prefiero esperar una orden formal (6). Sin embargo, es aventurado creer que en contestación le sugiriera Felipe bajo mano «que para dar suficiente caución de no hacer nunca armas contra España, era menester que se dejara sacar los ojos.» Este refinamiento no estaba en los hábitos de Felipe II. Y se afirma,

(1) En 1579 y 1580.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 5165, fol. 249. El 5 de abril de 1580; permaneció prisionero cinco años en el Prinzenhof.

(3) *Corresp. de La Noue*, pág. 178, del 5 de abril 1580. Verdad es que los hugonotes habían comenzado poniendo á rescate á Madame Glajon y á Mad. Nivelles.

(4) Cogido el 10 de mayo de 1580 por el marqués de Roubaix en una marcha sobre Lilla.

(5) Principalmente Egmont y Champagney.

(6) Carta del 26 de junio 1580; pero solo Strada ha visto esta carta.

sin embargo, que «siete ó ocho cartas de La Noue á su mujer hacen el hecho indudable» (7). —¡Dios sea alabado por todo! exclama La Noue, que permanece cinco años en un calabozo (8) mientras su mujer vendía todos sus bienes para procurarse el rescate (9).

En medio de las hazañas aisladas y de los combates poco decisivos, arrebataba la peste á los que eran respetados por las demás calamidades. Lovaina quedó casi despoblada en 1580 (10); en Tournay, viendo los cónsules aumentar cada día el contagio en la ciudad, «ordenaron á los que tuviesen basura que no la dejaran más de dos días en la calle» (11).

De en medio de sus calamidades los patriotas flamencos convirtieron los ojos á Francia é invocaron á Francisco de Valois. Ya ántes de someterse á España, los Estados del Henao habían creído ver en este jóven príncipe el remedio de sus males (12). El príncipe de Orange, que había desviado su primera tentativa de intervención (13), no pudo impedir á los diputados de las provincias, reunidos en la Haya, que proclamaran al francés (14). El archiduque Matías «viéndose como abandonado, porque los Estados conocían su insuficiencia» (15), se retiró vergonzosamente, no sin hacerse abonar como indemnización las rentas del obispado de Utrecht (16).

Cuando sus adversarios comprendían la necesidad de restablecer la unidad del mando, tuvo Felipe II la extraña inspiración de amenazar al contrario el poder de Alejandro Farnesio y compartir el gobierno de los Países Bajos entre él y su madre, Margarita de Parma.

La antigua regenta se puso en camino sin prevenir á su marido ni á su hijo, y apareció de pronto en Luxemburgo (17) con las instruc-

(7) Moysse Amirault, la *Vida de Francisco de La Noue*, Leyden-1661, pág. 280 á 298. Amirault es ciertamente de buena fe y ha visto las cartas, pero acaso no las comprendiera, ó tal vez el mismo La Noue se equivocó sobre las sugerencias que se le hicieron. Kervyn, pág. 30, acepta el hecho como probado.

(8) *Corresp. de La Noue*, pág. 192, La Noue al coronel de Villeneuve.

(9) La primera mujer de La Noue fué Margarita de Teligny, hermana del yerno de Coligny; la segunda, María de Luzé, con quien se casó en 1572, era viuda de tres maridos, La Vallée, Rumigny y Moy. Hé aquí el resumen de la campaña de La Noue: 19 de julio 1579, toma de Brujas; 22 octubre, toma de Menin; 15 de noviembre, combate de Werwick; vuelta á Francia; 30 marzo 1580, toma de Ninova, 10 mayo, derrota de Lilla.

(10) Cabrera, tom. II, pág. 509.

(11) *Bolet. de la Com. real de hist.* tom. XI, pág. 443.

(12) *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, pág. 47.

(13) *Ibid.* pág. 67.

(14) 26 de julio 1581.

(15) Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 397.

(16) *Ibid.* tom. II, pág. 397, oct. 1581.

(17) El 23 de junio 1580.

ciones del rey. Su hijo evitó verla por espacio de muchas semanas (1), ofreció retirarse, hizo comprender que sus soldados se negarían á servir á las órdenes de otro general, y obtuvo en fin de su madre la renuncia de los poderes de que había sido investida. Pero Felipe insistió en sostenerla á pesar de ella, multiplicó sus cartas por espacio de muchos meses (2) obstinándose en su combinación. Margarita, que sin duda no había llevado consigo á su antiguo confidente Armenteros (3), tuvo el buen sentido de fortalecer con su influencia la autoridad de su hijo: lo reconcilió con el duque de Arschot (4), le procuró un buen lugarteniente, Francisco Verdugo, su antiguo paje (5), que recibió el encargo de defender la provincia de Groninga. En fin, después de haber desvanecido por el momento la desconfianza de Felipe contra su hijo, se retiró Margarita.

Este singular episodio en un instante tan crítico descubre uno de los rasgos más notables de la política de Felipe II: desde que un hombre se eleva por su genio ó por servicios señalados, hay que suscitarle rivales, desbaratar sus planes, mantenerlo en el terror ó abatirlo en el servilismo. Para conservar la confianza del rey es preciso ser incapaz: la gloria hace sospechoso al hombre; sólo viven tranquilas las medianías.

### III.—Francisco de Valois duque soberano de Brabante

Si Felipe II comprendió mal el cambio que la escisión del Henao había introducido en la política, parece ser que los franceses no midieron mejor el alcance de esta revolución. La intervención de un Valois era lógica, cuando podía ser sostenido por católicos de lengua francesa, enlazados á Francia por una cadena de plazas fuertes; pero desde la reconciliación de los flamencos con España, tenía que ser ya relegado el francés en medio de los protestantes que hablaban el thiés, léjos de sus refuerzos y sin comunicación con Francia.

Francisco de Valois comenzó sin embargo por un golpe feliz. Se presentó súbitamente

(1) No se encuentran hasta agosto, en Namour, *Corresp. de Margarita*, tom. I, Prólogo, pág. 40.

(2) Hasta diciembre 1581.

(3) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VIII, pág. 54. Granvela á Fonck. «No sé lo que hace el prudente Armenteros, y digo prudente, porque volvió á Italia cargado de dinero.»

(4) Cabrera, tom. II, pág. 625.

(5) Las *Memorias de Verdugo*, de que ha dado extractos M. Gachard en su tom. I, pág. 225, *Manuscritos de la Bibl. nac.*, habían sido publicadas en 1610 y reimpresas en la *Colección de libros españoles curiosos*, tom. II: Morel Fatio indica algunos pasajes suprimidos en su Catálogo de *Manuscritos españoles de París*.

delante de Cambrai que sitiaba Farnesio (6), se hizo introducir en la ciudad, la libertó y se estableció en ella como señor. Confió su gobierno á un aventurero que parecía más bien apto para capitán de bandoleros, Balagny, hijo del obispo de Valence y de la abadesa de Goyon (7); después juzgando muy avanzada la estación para abrir una campaña, pasó á Inglaterra, donde esperaba obtener la mano de Isabel (8).

Los historiadores, como los novelistas, han sido siempre severos para con el último hijo de Catalina de Médicis; no tienen en cuenta para nada que este niño mal criado, doliente y escrofuloso (9), había tendido siempre al partido de los moderados, apartando de sí á los hombres que preferían sus pasiones del momento á los destinos de Francia. Nada hizo que ofendiera el sentimiento nacional. Algunos familiares suyos, y sobre todo, su hermana Margarita, sólo hablan de él con cariño. Al entrar en las contingencias de una alianza inglesa contra Felipe II, entraba realmente en los verdaderos intereses de su país.

Su fiel Cimier, tan bien recibido la primera vez por Isabel, había vuelto á Lóndres, hacia ya muchos meses y recobrado su puesto de favorito de la reina. La singular fortuna de este francés que sabía adivinar y lisonjear los caprichos de la vanidosa princesa, excitaba la envidia de los cortesanos, pero, sobre todo, la celosa inquietud de Leicester: la corte se dividió en dos partidos á favor del uno ó del otro rival; pero aún contando con la fracción más fuerte, Leicester no podía acusar á Juan de Cimier de haber dado secretamente á Isabel filtros mágicos para seducirla, mientras que Cimier tuvo el arte de descubrir y la crueldad de revelar el matrimonio secreto de Leicester con la viuda del conde de Essex. El efecto de esta revelación fué espantoso: Isabel fué atacada de una crisis nerviosa, se arrastró por el suelo, maltrató á los que se le acercaban, se negó á tomar alimento y no salió de su frenesí sino para hacer encerrar á Leicester en uno de los fuertes de Greenwich. Después lo perdonó de improviso, y ya en libertad Leicester, hubo de

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 3902, fol. 238; era el 17 agosto 1581.

(7) Reaparecerá á menudo en esta narración. M. Tamizey de La Roque, *Noticia sobre Juan de Montluc*, pág. 75, asienta, según los registros de la orden de Malta de la Bibl. del Arsenal, que Balagny, hijo de Ana Martin, abadesa de Goyon, cerca de Valence, fué legitimado: yo comprendo mal lo que significa aquí la palabra legitimado.

(8) Se embarca el 30 de octubre de 1581. V. *Negociaciones en el Levante*, tom. IV, pág. 92.

(9) Padecía de caries del peñasco. Ms. Bib. nac. fr. 3902, f. 289.

organizar tantas maquinaciones para asesinar á Cimier, que tuvo que declarar la reina á són de trompeta, que tenía al francés bajo su protección especial, favor que no fué parte á impedir que se disparara un arcabuzazo á Juan Cimier en el mismo barco en que estaba con la reina. «Mr. de Simier se ve los más días con esta Serenísima, á quien sacó á danzar la otra noche en un sarao, escribía el embajador español (1), y la reina le favoreció tanto como hacer lo que le suplicaba.»

Por una extraña ironía, este Cimier, que había sabido cautivar á la más caprichosa de las mujeres, sólo es conocido de sus contemporáneos por sus desgracias conyugales; de modo que su nombre habría desaparecido de la historia sin las afrentas que recibiera. Durante el primer viaje á Inglaterra y la primera expedición á Flandes, hubo de confiar á su hermano, caballero de Malta y muy gentil de persona, su primera mujer, hija del señor de Dangeau, en su castillo de Cimier; pero habiendo sabido que «durante los catorce meses de su ausencia había quedado en cinta del dicho caballero,» envió soldados, que mataron á su hermano á la puerta del castillo que él mismo había bajado á abrir (2). La esposa infiel fué respetada por los asesinos, pero murió al cabo de algunas semanas. Juan de Cimier se casó muy luégo con una doncella de honor de la reina Catalina, famosa ya por sus amos. Luisa del Hospital-Vitri acababa de dar á luz una niña á consecuencia de sus relaciones con el poeta Desportes, aquel bello ingenio que se prestaba á todos los oficios por darse buena vida, cuando vino á ser esposa de Cimier (3).

La reina Isabel no mostró ménos afecto á Francisco de Valois que á Juan Cimier, cuando el príncipe francés fué á emprender á su vez el

(1) Puede interpretarse por el mismo texto del despacho la clase de favores á que alude el embajador. *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 211.

(2) Lestoile, edic. Jouaust, pág. 258, julio 1578.

(3) Tallemant Des Reaux, edic. Monmerqué, tom. I, p. 29 y 94. «Era galante, agradable y sutil. Tuvo una hija de Desportes, siendo dama de la reina. Se dice que una mañana fué á salir de su cuidado al arrabal de San Victor, y que por la noche se hallaba en el baile del Louvre, donde danzó, sin que nadie echara de ver lo ocurrido á no ser por una pérdida de sangre.» En recuerdo de este accidente, decía ella «que las casadas podían gritar, pero que las solteras no se atrevían á exhalar un triste ay.» Mad. de Cimier tuvo por amantes á M. de la Rochefoucauld, muerto en 1590, al almirante Villars, «el cual estaba tan enamorado de ella que en Picardía yendo al combate en que murió, se puso á besar un brazalet de pelo de Mad. de Cimier,» y también de otros que hicieron decir de ella:

*Le cœur de ces amants qui ont bonne escarcelle,  
Vous le connaissez bien, madame de Cimier;  
C'est elle galamment qui fera P. Isabelle.*

Mad. de Cimier publicó un volumen de versos y murió en 1608. No me ha sido posible saber qué fué de su marido, despues de su vuelta de Londres, ni averiguar la fecha de su muerte.

sitio del «castillo de la perfecta Belleza,» en medio de los torneos, banquetes y alegorías amorosas. Francisco pasó cuatro meses en Londres «en placer y solaz» (4). Isabel fingía considerarse como su prometida y aparentaba igualmente estar ligada á él, como quiera que había firmado no sólo el contrato conyugal, sino también el convenio oficial de las formas de la celebración (5); pero estaba decidida desde el primer día á no casarse sino con su hermano Enrique III; su popularidad no sufría menoscabo por estas mañas femeniles que ponía ella al servicio de la diplomacia. Los ingleses no dejaban de estar satisfechos de aquellos sucesivos fracasos de los brillantes príncipes de Valois cerca de su soberana. Sabido es con qué lisonjas formuló Shakespeare este instinto nacional (6). La reina, sin embargo, en el seno «de las meditaciones virginales» de sus cuarenta y ocho años, acaso no era tan indiferente á las atenciones del jóven Valois, como Shakespeare lo suponía. Cuando Isabel acompañó á su prometido hasta la nave que se lo llevaba para siempre, —«la separación fué lúgubre entre ella y el príncipe: ella está triste de verlo partir; él triste de retirarse. Despues, huye Isabel de los sitios en que lo ha conocido, porque le recuerdan al hombre de quien se separó con tanto dolor» (7).

A pesar del amor novelesco de que hacia gala Isabel, comprendió muy luégo Francisco que no era sino una comedia aquel casamiento, y combinó con su madre otro proyecto más seductor, «el designio secreto de llegar á enlazarse en matrimonio con una princesa española por medio de los negocios de los Países Bajos» (8).

Las princesas españolas eran sobrinas suyas: podía casarse con una de ellas con dispensa del papa, y recibir en dote aquellas provincias flamencas que arrancaría á las miserias de la

(4) Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 439.

(5) Dumont, *Cuerpo diplomático*, tom. V, pág. 406.

(6) Shakespeare, *Midsummer night's Dream*:

Cupid all armed a certain aim he took  
At a fair Vestal, throned by the west,  
And loos'd his love—shaft smartly from his bow  
As it should pierce a hundred thousand hearts:  
But I might see young cupid's fiery shaft  
Quench'd in the chaste beams of the wat'ry moon  
And the Imperial vot'ress passed on  
In maiden meditation, fancy-free.

(7) Talbot to Shrewsbury: «The departure was mournfull betwixt His Highness and monsur; she lothe to let him gowe, and he as lothe to depart... because the places shall not give cause of remembrance to hir of him with whom she so unwyillinglie parted.» (Lodge tom. II, pág. 258.)

(8) La Huguerye, *Memorias*, tom. II, pág. 156.

guerra. Catalina no temió hacer la proposición al embajador español, «asegurando que se le salía el alma de ver una de las Serenísimas infantas por acá, diciendo que su hijo no se había casado en Inglaterra» (1).

Sobreponiéndose á estas intrigas de las dos reinas, el genio de Farnesio y el de Orange dirigian la política en otro sentido. Al desembarcar á su vuelta de Inglaterra (2), fué aclamado Francisco de Valois, como lo fué en otro tiempo el archiduque Matías; halló también, cuando hizo «su magnífica entrada en su muy famosa ciudad de Amberes (3) el carro de la Union en que estaba sentada una hermosa doncella ricamente engalanada» (4) y tuvo la autoridad suficiente para hacer que se restituyeran al culto católico las iglesias de Amberes (5). El príncipe Chimay «jóven y ciego y apasionado de su mujer,» segun confiesa (6), se adhirió al nuevo conde de Brabante. Pero desde las primeras semanas comenzaron los Estados á tratar como príncipe holgazán al soberano que acababan de elegir. Las provincias continuaron dirigiendo sus tropas segun el interés del momento y absteniéndose de llevar las contribuciones al tesoro comun; el impuesto de tres sueldos por tonelada de cerveza no pudo centralizarse (7). Francisco se quejó de que se le tratara «de tal manera, como si se burlaran de él» (8).

—«No creo que su reinado en los Países Bajos sea de larga duración, escribía un embajador del imperio (9): sólo el príncipe de Orange ganará en todos estos enredos; y parece ser que toma sus medidas para asegurarse de Holanda y Zelanda.»

Entre Farnesio que ocupaba sólidamente el Artois y el Henao, y el príncipe de Orange que se encerraba en Zelanda, estaba reducido

(1) Ms. Arch. nac. K. 1560, pieza 15, Tassis á Felipe II, del 6 marzo 1582.

(2) El 1.º febrero 1582.

(3) «La alegre y magnífica entrada de Monseñor Francisco, príncipe de Francia...» Amberes, C. Plantin, en folio, con 21 láminas, 1582.

(4) Le Petit, *Crónica de Holanda*.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1560, pieza 18, del 7 marzo 1582, Tassis al rey. Sobre esta parte de la campaña, véanse también *Memorias de Nevers*, tom. I, pág. 544 á 569; Castelnau, *Memorias*, edic. 1731, tom. I, pág. 674 y sig.; Ms. Bibl. nac. franc. 3280, 3284, 3287, 3288 y 9009 á 9019.

(6) *Bol. de la Com. Real de hist. de Bélgica*, tom. XI, pág. 141.

(7) *Corresp. de Guillermo*, tom. V, pág. 259, Manifiesto en lenguas, del 1.º de marzo de 1582.

(8) *Ibid.* pág. 69.

(9) Busbecque al emperador Rodolfo, edic. del abate de Foy, París, 1748, tom. III, pág. 100, del 12 de junio 1582. Este embajador se llamaba Auger Gilsen, baron de Busbecque, y nació en Comines, Flandes, en 1522: fué embajador del imperio en Turquía, despues en París, y murió en Saint Germain en Laye en 1592.

Francisco á disputar el Brabante á los españoles, conteniendo con los procuradores de los Estados (10) que no tardaron en romper todo comercio con él. «Si yo hiciera lo que ellos, decía (11), lo que puedo hacer más legítimamente siendo lo que soy, todo iría peor aún.» Pero sin olvidar su dignidad de príncipe francés, supo observar una conducta correcta con los diputados y tenerlos al corriente de los pasos que intentaba Farnesio para venir á una suspensión de hostilidades (12). Esta lealtad no es lo que piden las asambleas democráticas, prefiriendo dejarse subyugar por el adulador de las pasiones populares que entiende hacerse necesario ligando sus intereses á las preocupaciones del momento. El príncipe de Orange comprendía este juego; mezclábase con el pueblo, era familiar y cariñoso «yendo por las ciudades: si oía ruido en una casa y entendía que reñían el marido y la mujer, entraba y los exhortaba á la concordia con increíble dulzura. Hechas las paces del matrimonio, preguntábase el amo de la casa si quería probar su cerveza, y el príncipe contestaba que sí: traída la cerveza, el marido, segun la usanza del país, bebía ántes á su salud en una vasija que llaman ellos *caña*, y era ordinariamente de barro azul; despues quitando la espuma de la cerveza con la palma de la mano, ofrecía la caña al príncipe, que bebía á su vez» (13). Él dirigió la oposición de los Estados contra Valois, tratándole sin embargo con afectados miramientos (14).—Estoy cierto, escribe Champagny (15), de que sólo el príncipe de Orange ha turbado los designios de Francisco de Valois. No le ha permitido nunca ir al ejército, ha retardado siempre los auxilios destinados á las plazas cercadas temiendo que el príncipe cobrara demasiado crédito en los Estados.

Estos conflictos no permitían triunfos en las operaciones militares. Farnesio había tomado á Tournay, mientras Francisco estaba aún en Inglaterra (16); y en la primavera siguiente embistió á Oudenarde, que tomó también despues de dos meses de sitio. Un cuerpo de ejército francés al mando del mariscal de Biron, resta-

(10) Colec. de Groen, tom. VII, pág. 290.

(11) *Corresp. de Guillermo*, tom. V, pág. 171.

(12) *Ibid.* pág. 192 á 195.

(13) Du Maurier, *Memorias*, pág. 149.

(14) Ms. Arch. nac. K. 1560, pieza 108, del 29 dic. 1582, Tassis al rey.

(15) Champagny, *Memorias*, pág. 271.

(16) Del 1.º octubre al 30 nov. 1582. En este sitio fué herida en un brazo de un tiro de arcabuz la princesa de Epinay, hija de una hermana de Coligny (Du Maurier, pág. 140).

bleció por algun tiempo la fortuna del duque de Brabante, permitiéndole tomar á su vez las plazas de Alost y Bouchain. Con el pretexto de que los exploradores del ejército de Farnesio «habían vejado y saqueado, durante muchos meses, todas sus ciudades fronterizas (1), comenzó Enrique III á mostrar energía en favor de su hermano, llevando su audacia hasta ocupar los caudales españoles depositados en las arcas de los banqueros de París. «Se han encontrado y confiscado diez mil ducados que pertenecían al rey de España» (2). Pero los españoles recibieron igualmente refuerzos por su parte. «Habiendo establecido bien los negocios de Portugal, se intenta arrimar el hombro á los de Flandes» (3). En efecto, no tardó mucho Felipe II en enviar á los Países Bajos ciento sesenta mil ducados mensuales (4), y con esto pudo Farnesio poner en línea sesenta mil hombres á fines de 1582; se apoderó con ellos de Ninova y obligó á las tropas de los Estados á encerrarse en las ciudades. Sin embargo, tuvo que destacar un cuerpo de ejército, que envió al electorado de Colonia para expulsar al arzobispo Truchsess que se había declarado luterano (5) y casado con la bella Inés de Mansfeld; muchos de sus súbditos le habían permanecido fieles; los demás apoyaban al prelado que le oponía su clero, Ernesto de Baviera, lo cual tomaron por pretexto ambos partidos para saquear las ciudades y asolar los campos. Truchsess daba gritos desesperados hácia los luteranos, sus vecinos: «Falta aliento á todos los alemanes, escribía (6); somos ya objeto de ludibrio para todas las naciones. Hazte cordero y te comerá el lobo. ¿Dónde están los santos de Alemania? Duermen sobre ambas orejas (*dormiunt in utramque aurem*); muy pronto será menester despertarse y cerrar la puerta del redil, cuando el rebaño haya sido devorado.» Vano llamamiento: ni los mismos ingleses se dejaron ablandar. «La pesadez del carácter alemán» (7) dijeron, no deja esperanza; la intervencion de Farnesio fué decisiva, y Truchsess tuvo que buscar asilo en Holanda.

(1) Busbecque al emperador, 25 marzo 1582, tom. III, pág. 88.

(2) *Ibid.* Octubre 1582, pág. 116.

(3) Ms. Bibl. nac. franc. 16108, fol. 8, Saint Gouard al rey de Francia.

(4) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 317.

(5) La bula de excomunion de Truchsess es de abril de 1583. Véase Ms. Bibl. nac. franc. 3336, fol. 71.

(6) Truchsess á Guillermo Luis de Nassau, Col. de Groen, segunda serie, t. I, pág. 9.

(7) Walsingham á Davison, citado por Motley, *The united Netherlands*, tom. I, pág. 34. «The dulness of the Almaine nature.»

Esta diversion no aprovechó á Francisco. Intrigas y decepciones apuran la paciencia que se había propuesto tener: creyó que Felipe II quería hacerlo asesinar, y prendiendo á un aventurero llamado Salcedo, lo envió á su hermano Enrique III para que se le juzgara en París; procedimiento harto irregular (8) y más extraño aún por la idea que tuvo Enrique III de enviar á Amberes la cabeza del acusado.—El rey de Francia no es el señor de Amberes, dijo el embajador español, y no tiene el derecho de exponer aquí los miembros de sus condenados.—No he enviado esa cabeza á la ciudad, replicó Enrique III, sino á mi hermano para hacer pasteles, si quería (9). En cuanto á Salcedo, escribió el embajador á Felipe II, era un loco que no pensó jamás en tales asesinatos: el príncipe Francisco y Orange han imaginado esta comedia «por hacer que este rey rompiese con V. M. y hubiese por sospechosos y difidentes todos aquellos príncipes y otras personas de que trato... por ser bien intencionados» (10).

#### IV.—Descalabros y muerte de Francisco de Valois

Francisco de Valois era siempre el soberano nominal de Brabante: acuñaba moneda con su efigie (11); pero estaba cada vez peor hallado en medio de los jefes populares. «Está descontentísimo, escribe de Lóndres Bernardino de Mendoza (12), de verse en poder de los rebeldes, los cuales acriminan á los franceses cualquiera desórden que se haga, y excitan la desconfianza recordando el San Bartolomé.» El San Bartolomé arruinó nuestra influencia en el extranjero para todo el resto del siglo: «el pueblo pedía justicia contra los asesinos de París» (13) y se negaba á toda organizacion hasta el punto de desanimar al mismo príncipe de Chimay «que no queriéndose ya mezclar ni estar con esta gente,» se entregó con la ciudad de Brujas á Alejandro Farnesio (14).

Los cortesanos del Louvre que habían seguido al príncipe francés en su expedicion, perdían también la paciencia. Saint Luc, uno de

(8) El legajo del proceso está Ms. Bibl. nac. Dupuy, vol. 87. Véanse también Cimber y Danjou, *Archivos curiosos*, tom. X. Nicolás de Salcedo, señor de Auvillers, fué ejecutado en 1582.

(9) Busbecque al emperador, del 25 oct. 1582, tom. III, p. 125.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1560, piezas 88, 95 y 97, Tassis al rey de España.

(11) Reuniéronse muchas series de estas monedas en la Exposicion de Bruselas de 1880.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1560, pieza 31, del 1.º abril 1582.

(13) Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 473.

(14) *Bol. de la Com. real de hist.* tom. XI, pág. 141.

los donceles de Enrique III, se arrebató hasta el extremo de golpear á un holandés á vista de Francisco y del príncipe de Orange.—El hombre de más alto nacimiento del mundo, dijo el de Orange (1), no hubiera cometido impunemente semejante exceso en presencia del emperador Carlos V.—Ahora que está muerto celebráis á Carlos V, contestó Saint Luc; pero no dudeis de que, si viviera, no tardaría mucho en cortaros la cabeza.—Por lo demás, ningún concurso para la guerra: sólo las banderas francesas sostienen la campaña; «muchas palabras y pocos hechos (2); los flamencos prometen muchos subsidios y no dan nunca nada.» Las vejaciones se hacen intolerables; cuando llegue el turno de sufrirlas al paciente príncipe de Orange, se verá en la necesidad de ocultarse en su ciudad de Delft (3). Francisco de Valois no tiene más eleccion que los términos de esta disyuntiva: ó el vergonzoso papel del príncipe Matías, ó el golpe de Estado de Don Juan de Austria.

Decídese, pues, á organizar los preparativos de un golpe de Estado con bastante arte para ocultarlos á la vista de los sectarios: quiere ocupar en un solo día, con guarniciones francesas, las principales ciudades de su ducado. Era menester para el éxito disciplinar con el prestigio del valor personal á aquellos caballeros audaces, robustos, indóciles: se iba á hallar pronto, entre aquellos voluntarios ávidos de agrandar á mujeres que sólo estimaban á los valientes, un escuadrón capaz de tomar una ciudad petardeando las puertas, ó de atajar á un ejército entero; pero el blanco penacho que había de reunir esta caballería invencible no flotaba sobre la frente del enteco Francisco de Valois. Sin su príncipe, algunos franceses se presentan á la puerta de Amberes (4), la embarazan, buscan cuestion con los burgueses de la guardia, son sostenidos súbitamente por quince ó veinte grupos de á pié y de á caballo (5), entran en la ciudad, rompen los escaparates de las tiendas y se dispersan al pillaje. Muy luégo suena el toque de rebato, los burgueses tienden las cadenas al través de sus calles y avanzan en buen orden «tan resueltamente al encuentro de

(1) Busbecque al emperador, 18 dic. 1582, tom. III, pág. 134.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 18, del 13 enero 1583, Tassis á Felipe II. «Aquello consiste más en muchas palabras que dan los rebeldes que en obras, y que si bien prometen de contribuir y dar mucho no llegan á asegurar cumplimiento.»

(3) El 22 de julio 1583, Orange no había podido obtener justicia contra los ultrajes del populacho de Amberes.

(4) El 17 de enero de 1583.

(5) Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 460.

los franceses, que casi en un cuarto de hora los rechazan matando buen número de ellos» (6). El pánico sobrecoge á los franceses, que se precipitan todos á la vez hácia la puerta por la que se habían introducido y allí se atropellan y amontonan, mientras llueven las balas de arcabuz sobre aquella masa viviente: los últimos que llegan pasan por encima de los cadáveres y caen heridos á su vez. «La puerta quedó tapiada por cuerpos muertos hasta la altura de dos hombres uno sobre otro, de modo que nadie podía ya entrar ni salir.» Muchos saltan al foso, «pero les tiran por la espalda: las compañías de burgueses disparaban tan horriblemente que aquello parecía una granizada» (7). Se contaron hasta mil quinientos cadáveres (8), los cuales cayeron en una ó dos horas. Los burgueses cogieron, poco más ó ménos, el mismo número de prisioneros, que esperaban rescatar su libertad, «pero hubieron de morir muchos en las prisiones de frio, pobreza y miseria, y del hedor de ellos mismos, estando las prisiones tan llenas que apenas se podían mover» (9).

Encerrado en su campo á algunas leguas de la ciudad, Francisco de Valois no pudo hacer más que ser testigo de aquella ejecucion; pero se dió prisa luégo en escribir al príncipe de Orange para obtener su intervencion en favor de los prisioneros.—Mejor que yo sabéis, le decía (10), las justas razones que tengo para estar ofendido por tanto menosprecio. Que no se haga ningún agravio á los míos, pues otros lo pagarían.—Pero en verdad, contestó Orange (11) á Pruneaux, el agente de Enrique III, que le hacia cargo de no haber protegido á los prisioneros, están sin comparacion mejor tratados de lo que hubieran hecho con nosotros, segun la voz comun, si Dios no les hubiera desbaratado sus empresas. Esta cautelosa neutralidad tuvo su recompensa: Orange vino á ser, en fin, conde de Zelanda y lugarteniente general de las Provincias Unidas.—«Nada prueba más el genio y habilidad de este príncipe: en un tiempo en que flaquean los más poderosos de Europa, él aumenta sus fuerzas, se engrandece» (12).

Los soldados de Francisco de Valois fueron

(6) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 16, relacion hecha el día siguiente. Véase también las piezas 14 y 15.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 16.

(8) Aubigné, tom. II, pág. 476.

(9) Le Petit, tom. II, pág. 464.

(10) *Corresp. de Guillermo*, tom. V, pág. 79, del 17 enero 1583; el mismo día del conflicto.

(11) *Ibid.* pág. 121, del 22 febrero 1583.

(12) Busbecque al emperador, tom. III, pág. 189.